



LA VOZ DE LAS VÍCTIMAS ANTE EL PROCESO DE PAZ EN EL PAÍS VASCO

Buenos días:

Es para mí un honor participar en este curso de verano sobre "Políticas globales a favor de las víctimas del terrorismo" y pronunciar esta conferencia inaugural, que me permite compartir estas jornadas de reflexión con tantas personas a las que quiero y respeto por su compromiso personal con las víctimas.

Quiero expresar mi agradecimiento a todos los que habéis hecho posible este curso; a la propia "Fundación Fernando Buesa Fundazioa", que presido; a la cátedra Antonio Beristain de estudios sobre el terrorismo y sus víctimas; al Instituto de Derechos Humanos Bartolomé de las Casas de la Universidad Carlos III de Madrid; así como a la Fundación Víctimas del Terrorismo y al Alto Comisionado de Apoyo a las Víctimas del Terrorismo.

Nos encontramos en un momento caracterizado por un fuerte desencuentro entre los principales partidos democráticos sobre cómo abordar el fin de la violencia. Además se dan posiciones encontradas y una gran polémica en los medios de comunicación, y existe una fuerte controversia sobre el papel reservado a las víctimas en el denominado proceso de paz. Por ello, valoro muy positivamente este foro, que nos permite una reflexión serena y que propicia el encuentro entre personas que tenemos tantas cosas en común, sobre todo el dolor por la injusta desaparición de tantos seres queridos.



Aunque tengo el gusto y la satisfacción de conocer personalmente a muchos de los que van a participar en estas jornadas, me vais a permitir que presente la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa a quienes no nos conozcáis.

Fernando Buesa Blanco era mi marido, el padre de nuestros hijos. Su asesinato le impidió conocer a nuestros nietos.

Era un político socialista vasco, que dedicó los mejores años de su vida a la lucha por la libertad, la justicia social y la democracia, en condiciones extremadamente difíciles. Fue Vicelehendakari y Consejero de Educación del Gobierno Vasco, Diputado General de Alava, concejal, juntero en las Juntas Generales de Alava, parlamentario, secretario general de los socialistas alaveses..... pero más allá de estos datos de su biografía, que podáis conocer fácilmente, quiero destacar que fue un hombre bueno, comprometido con los problemas del tiempo en que le tocó vivir, compromiso que ejerció a través de su actividad Política. Para él la política fue una pasión que ejerció siempre al servicio de los ciudadanos, con el mismo esfuerzo y dedicación tanto cuando era Vicelehendakari como concejal o juntero. Dejó un buen recuerdo en quienes le conocimos y le quisimos. Esto es lo más importante, lo que perdura, pues lo demás es efímero.

Cuando lo asesinaron Fernando era el portavoz socialista en el Parlamento Vasco.

Y por eso lo mataron, porque además de la vida quisieron arrebatárle también la palabra, quisieron acallar la palabra de más de doscientos mil vascos que votaron al Partido Socialista y a los que él representaba en el Parlamento.

Con su asesinato, los terroristas le negaron el derecho a formar parte de la comunidad vasca que pretenden construir y quisieron



dejar fuera a los cientos de miles de vascos que no comparten su proyecto excluyente.

Cuando asesinaron a Gregorio Ordóñez, a Enrique Casas, a Fernando Múgica, a Miguel Ángel Blanco, a Ernest Lluch, a Juan M^a Jáuregui, a Joseba Pagazaurtundúa y a todos los representantes políticos asesinados, también quisieron arrebatarnos la palabra.

Cuando quisieron asesinar a José Ramón Recalde, cuando quisieron volar a toda la cúpula del PP en el cementerio de Zarautz mientras recordaban a otro compañero asesinado, José Ignacio Iruretagoiena, trataron de borrar del mapa a toda expresión política no nacionalista.

Y cuando asesinaron, secuestraron o extorsionaron al resto de víctimas del terrorismo lo hicieron para destruir la libertad y atentar contra el Estado de Derecho. Y desde aquí, y como siempre hemos hecho quisiera enviar a todas las víctimas del terrorismo nuestra más sincera solidaridad, nuestra cercanía y nuestro afecto.

No vamos a permitir que, además de la vida, les arrebaten la palabra. Por eso nació la Fundación Fernando Buesa, en memoria de él y de todas las víctimas del terrorismo para cubrir los espacios de silencio que nos dejaron con su ausencia.

“El Valor de la Palabra” es el lema que da título a nuestra revista anual de pensamiento y encierra una de las principales señas de identidad de nuestra fundación.

La palabra fue la herramienta de trabajo de Fernando, el instrumento de defensa de sus convicciones y de sus principios políticos.

Además valoraba especialmente la palabra dada, el compromiso adquirido que hay que cumplir con lealtad.



Necesitamos la palabra para mantener la memoria, la palabra como testimonio, porque estamos obligados a contar, porque tenemos que hacer visible la existencia de las víctimas, para hacer presente lo que ha pasado y lo que no debe volver a pasar.

A través de la palabra podemos comunicarnos, comprendernos, acercarnos unos a otros y lograr acuerdos.

Siempre he querido que esta fundación se base en dos pilares fundamentales: por un lado, el consenso en lo esencial, en los valores de una cultura de paz, y en los principios que conforman una sociedad democrática; por otro lado, el pluralismo en la expresión política de esos valores, que se manifiesta en distintas y legítimas plasmaciones políticas.

Pienso que estos principios, que inspiran el funcionamiento interno de la fundación que represento: unidad democrática, acuerdo en los valores que nos unen y pluralismo político desde el respeto a la opinión ajena, son aplicables, más que nunca, en un momento como el que estamos viviendo.

Creo firmemente que es posible un proyecto de convivencia compartido por toda la sociedad vasca, que nos acerque a una paz justa, a una auténtica reconciliación. Pero creo igualmente que va a ser un proceso largo y que su resultado final va a depender de cómo se lleve a cabo.

*Fernando lo expresaba con estas palabras: "(...) Hay que construir país, convivencia en paz y libertad, respeto por el pluralismo social y cultural. (...) Construir **convivencia**, un país para todos, en el que los sentimientos de identidad nacional o cultural no resulten ser categorías políticas, porque todos pueden expresar los suyos con libertad. Un país en el que la única categoría política que confiere*



derechos y obligaciones sea la ciudadanía, que no distingue ni discrimina a nadie por razón de sexo, raza, religión, opiniones políticas, identidades nacionales o culturales, ni sentimientos."

El comunicado de alto el fuego permanente de ETA, esperado durante tanto tiempo, nos ha producido sentimientos encontrados. Primeramente de alivio al pensar que los miles de personas que han vivido durante años con el temor de ser objetivo de la organización terrorista, renunciando a tantas cosas, iban a poder, por fin, disfrutar de la cotidianidad, de las pequeñas cosas, sin temor; que iban a sentir, por primera vez en muchos años, espacios desconocidos de libertad.

Pero también hemos tenido sentimientos de desconfianza y escepticismo. Hemos visto tantas veces frustradas nuestras esperanzas de paz, que no queremos sentir una nueva decepción. Así hemos expresado una alegría contenida, porque no queremos hacernos demasiadas ilusiones.

También hemos sentido tristeza, acordándonos de las víctimas del terrorismo, de nuestros seres queridos. En estos momentos se pone de manifiesto la terrible inutilidad de su muerte y también su irreversibilidad. Podrán arreglarse muchas cosas, pero nada ni nadie podrá devolverlos a la vida. Este dolor, que nos une a todas las víctimas, es algo íntimo, que no exhibimos, y que ha roto nuestras vidas.

Todos los familiares de las víctimas hemos expresado el deseo de que su muerte sea la última, de que nadie tenga que pasar por lo que hemos pasado.



Ahora, en estos momentos en los que se atisba que podemos estar llegando al final del terror, tenemos la esperanza de que el futuro nos traiga una nueva situación en la que, por fin, una nueva manera de relacionarnos nos permita acabar con la pesadilla en la que hemos vivido y dejar a nuestros hijos y nietos una convivencia en paz.

Las víctimas debemos estar orgullosas de no haber mostrado deseos de venganza, incluso después de sufrir durante tanto tiempo la indiferencia de algunos y la hostilidad de otros que anteponían sus intereses partidistas, sus patrias y banderas al dolor ajeno, a la vida brutalmente arrebatada.

Hemos confiado en que se hará justicia, y en que el Estado se acabará imponiendo. Esto nos da una doble legitimidad para esperar que no se defrauden nuestras justas expectativas: la legitimidad que se deriva de la muerte injusta de todas las víctimas del terrorismo y la que emana de nuestra propia actitud, de nuestra confianza en el Estado de Derecho, de la serenidad de no haber querido tomar la justicia por nuestra mano, y haber alentado un enfrentamiento civil. No hemos querido alimentar el odio ni el rencor y hemos tratado de convertir, en un constante ejercicio de alquimia, nuestra terrible frustración por la injusticia padecida, en sentimientos positivos, en energía y coraje para construir.

Nadie más que nosotros mismos deseamos que esto acabe, que de una vez por todas terminen las expresiones violentas de todo tipo dirigidas a quebrar el Estado de Derecho. Por ello, en principio, no cabe duda alguna de que todos los demócratas y, con mayor motivo quienes más hemos sufrido por el terrorismo, estamos a favor de un proceso democrático dirigido a conseguir la paz, o considero más acertado decir, dirigido a conseguir el fin de la violencia_y a la recuperación de la libertad, como decía Mario Onaindía constructor de paz en otros momentos.



Sin embargo, una parte importante de la sociedad española, algunos medios de comunicación de gran audiencia, el primer partido de la oposición y asociaciones de víctimas del terrorismo muy significativas, han mostrado su oposición frontal al proceso de paz iniciado. Esta oposición se ha plasmado muy gráficamente en el lema "No en mi nombre".

Considero que lo peor que nos puede pasar a las víctimas es convertirnos en elemento de confrontación política, que se nos utilice como arma arrojada desde intereses partidistas. Me niego a alimentar un debate, a tomar una posición a favor o en contra, porque creo que nos perjudica, que no favorece la causa de las víctimas. Por ello desde la serenidad y con afán constructivo, como es propio de la Fundación Fernando Buesa, voy a hacer unas reflexiones sobre cómo entendemos, que debe plantearse el proceso del fin de la violencia.

Quizás no esté de más señalar que en un proceso de estas características no existen soluciones perfectas, sin aristas, soluciones que permitan el tránsito de una situación de violencia a una arcadia feliz. En estos momentos de transición hay que abogar por un proceso que aborde la cuestión de la mejor manera posible o incluso de la menos mala posible, porque plantear un procedimiento cerrado nos puede llevar a la inacción, a perder la oportunidad más clara de poner fin a ETA.

Estamos hablando de un proceso muy complejo, tremendamente complicado. Se trata de que, una organización terrorista que, durante más de cuarenta años, ha hecho del asesinato y de la extorsión sus señas de identidad, y su "modus vivendi", deje de matar. Estamos hablando de que unas personas que se han socializado en el fanatismo y en el odio entiendan, de una vez por todas, que su proyecto totalitario y excluyente no tiene cabida en un sistema democrático que nunca va a ceder a sus exigencias.



Es preciso también señalar que, corremos el riesgo de que el intenso deseo de que el terrorismo acabe definitivamente nos puede llevar a relajarnos en nuestras convicciones, nos puede conducir a admitir que todo vale con tal de llegar a un final feliz, que no importan los pronunciamientos, los mensajes, los gestos, la manera de hacerlo. Hay que evitar que esto suceda. Es importante que el proceso se haga sobre bases sólidas, que apuntalen una convivencia democrática. Es necesario hacer pedagogía social, porque no sólo importa que finalmente se impongan los principios democráticos, sino también que quede muy claro que es así, sin que nadie pueda albergar la más mínima duda.

Nos preocupa también, especialmente a las víctimas, la tentación de pasar rápidamente página, de actuar como si aquí no hubiera pasado nada, que parezca como que ETA nunca hubiera existido, que es posible hacer borrón y cuenta nueva. Por eso nos desagrada profundamente, ese lenguaje casi tecnocrático de procesos, metodologías, fases resolutorias, normalización, territorialidad y tantas palabras que confunden y que pueden buscar que olvidemos tanto fanatismo, tanto dolor, y tanta sangre inocente de los asesinados. Queremos que se hable de la verdad de lo ocurrido, de que ese recuerdo quedará grabado en la memoria colectiva, de que se va a hacer justicia y de que el futuro será de paz y de respeto por el otro. Queremos que se hable de que los nuevos proyectos de convivencia estarán basados en el respeto a la pluralidad.

Tenemos que aceptar que en este camino, que todos auguramos largo y difícil, no podemos tener toda la información (como tampoco sería razonable no tener ninguna). Este falta de información ante las dudas que se plantean nos hace a las víctimas más vulnerables para que nuestros legítimos sentimientos se puedan



manipular introduciendo sospechas más allá de los hechos o la realidad que estamos viviendo.

Es un proceso complejo, en el que, sin duda, se cometerán errores y que, a veces, exigirá responder inesperadamente a las situaciones que vayan surgiendo. Pero a pesar de esta complejidad, existen cuestiones indiscutibles que no podemos olvidar:

- La primera de ellas es algo que parece que hemos olvidado, pero que es obvio: que el enemigo es ETA, que quien ha ejercido la violencia, el asesinato y la extorsión ha sido ETA y que si finalmente este proceso fracasa, que espero y deseo que no sea así, el culpable será ETA, que una vez más no aceptaría las reglas del juego democrático.

El enemigo, por tanto, no es Zapatero, ni lo es el PP, ni tal asociación o la otra, ni este medio de comunicación o aquel. Cada uno, sin embargo, desde nuestra legítima posición ideológica, valoraremos si unas actitudes u otras son las más adecuadas para contribuir a un proceso democrático de fin de la violencia.

La segunda tiene relación con el diálogo con el mundo del terrorismo en sus dos vertientes. Considero que hablar con ese mundo tiene que tener un objetivo claro y único: Acelerar el desistimiento de ETA y acelerar, en otro plano, el acatamiento de la legalidad por parte de los miembros de la ilegalizada Batasuna. Si esos son los objetivos, estoy de acuerdo con que se dialogue con ellos.

- Me gustaría también reflexionar sobre por qué ha persistido la violencia de ETA durante tantos años y por qué en este momento está la organización dispuesta a poner fin a su macabra historia.



La persistencia de la violencia de ETA durante tantos años ha exigido que una parte de la sociedad vasca haya compartido sus métodos y también sus fines totalitarios, y que otra parte haya mirado para otro lado, no siendo capaz de empatizar con quienes sufrían el acoso terrorista.

La paulatina deslegitimación social de la violencia ha resultado clave para poder llegar a su fin. El hecho de que ETA se encuentre más débil que nunca, se ha debido fundamentalmente a tres causas:

- la unidad democrática;
- la movilización social contra la violencia y en apoyo a las víctimas;
- el funcionamiento del Estado de Derecho a través de sus instrumentos legales, judiciales y policiales, que han permitido acabar con la impunidad.

Me preocupa, porque creo que es muy grave, la ruptura de la unidad democrática, la fractura de los consensos.

No sé si la falta de unidad de los partidos democráticos impedirá que el proceso de paz llegue a buen puerto, pero es evidente que supone un obstáculo importante.

Resulta descorazonador pensar que, al haber incorporado el proceso del fin de la violencia a la confrontación partidaria con un fuerte componente electoralista, el gran beneficiado es la propia ETA. Por ello, pido un esfuerzo por parte de todos para recuperar la unidad democrática, porque es el mejor camino para poner fin cuanto antes al desafío terrorista.

También quiero recordar algo bastante evidente, pero que parece que está puesto en cuestión.

A quien corresponde dirigir la política del Estado y, más en concreto, la política antiterrorista es al gobierno legítimamente constituido y a su presidente. Así ha sido siempre y así debería ser. Y a todos los demás, desde nuestras distintas posiciones, nos corresponde ayudarle en este cometido, como hasta hace poco se ha venido haciendo.

Esto no supone, por supuesto, que se deba dar un cheque en blanco, pues tienen que existir garantías para que el proceso se haga de acuerdo con criterios democráticos. El propio funcionamiento del Estado de Derecho es la mejor garantía para que así suceda.

Finalmente quiero plantear que un criterio inamovible dentro de este proceso es que nadie puede sacar réditos políticos del uso de la violencia.

Esto significa que si es ilegítimo el uso de la violencia para obtener logros políticos, también lo sería pretender que estos se consigan por el cese de la violencia, porque callen las pistolas. Porque el proyecto político de ETA no sólo es rechazable por los medios violentos que utiliza para imponerlo, sino que es intrínsecamente perverso, porque es un proyecto totalitario y excluyente.

En este proceso para el fin de la violencia en el País Vasco, podemos preguntarnos si hay una voz de las víctimas.

Es evidente que no, que hay tantas voces como víctimas existen, que las víctimas y sus opiniones son plurales como lo es la propia sociedad española y vasca.



Las víctimas tenemos derecho a opinar, cada una desde nuestra respectiva posición ideológica. Nadie nos lo puede negar, porque nuestra condición de víctimas no nos discapacita, como algunos han pretendido, para opinar sobre el fin de la violencia, para reivindicar la memoria de nuestros seres queridos asesinados. No obstante, tampoco da un plus de legitimidad a nuestra opinión.

Es la propia existencia de las víctimas, y su significación política, lo que resulta insoslayable. Nadie puede olvidar que hay casi mil personas muertas porque ETA quiso imponer su proyecto totalitario. Ningún acuerdo, para ser moral, podrá obviar la existencia de los asesinados y, por ello, ningún final de la violencia debería suponer que, por que ETA cese en su actividad, se consigan sus objetivos ilegítimos.

El cese definitivo de la violencia será en sí mismo un gran logro, pero no será suficiente.

Desgraciadamente, creo que la posición de ETA y de su entorno en este proceso parece que responde más a un criterio utilitarista, de conveniencia, que a una reflexión que les haya llevado a cuestionar los métodos utilizados y los fines totalitarios que perseguían. Sencillamente, la existencia de ETA les planteaba ya más inconvenientes que ventajas para sus objetivos.

Si esto es así, nos queda aún un largo camino por recorrer. Es posible que para los demás ciudadanos españoles con el fin de la actividad terrorista acabe su pesadilla y recobren la tranquilidad, pero la sociedad vasca, después de vivir tantos años contaminada por la violencia, deberá regenerar su tejido moral. Nos tendremos que desembarazar del miedo tan arraigado, de la desconfianza y recuperar espacios de libertad.

Las víctimas, sobre todo las que vivimos allí, tendremos que seguir practicando a diario la alquimia para suturar nuestras heridas,



recuperar la alegría y la ilusión por la vida y hacer frente a la generosidad que esto nos va a exigir.

Podremos recorrer más fácilmente este camino si vemos que las Instituciones se comprometen con nuestras necesidades y los ciudadanos nos acompañan.

Esto va a exigir tiempo, quizás más de una generación y para ello va a jugar un papel clave la educación a nuestros niños y jóvenes en valores de paz, de respeto al otro, de tolerancia, que nos permita construir un proyecto de convivencia integrador, en el que quepamos todos. Así lo espero, así lo deseo.

Me gustaría terminar con la visión que del proceso de paz que se abre, tenía una víctima del terrorismo. Mi marido Fernando Buesa.

Decía Fernando en julio de 1999, unos meses antes de que le asesinaran:

“ Construir la paz... Paz que exige renuncia a utilizar la violencia y el terrorismo como instrumentos para conseguir fines políticos. Paz que exige la disolución de ETA y la desaparición de la violencia callejera. Paz que requiere justicia para las víctimas inocentes de tanta barbarie. Paz que reclama reparación por los daños causados. Paz que necesita reconciliación y oportunidades de reinserción para quienes causaron víctimas y daños.. Paz con generosidad pero sin precio político.”

No me queda sino agradecer vuestra atención. Muchas gracias.